

## Algo sobre regiones geográficas

Ernesto Reguera Sierra

Empecemos por definir el término que nos interesa: *región*. Ya se ha dicho que "el término es la expresión verbal de una idea". El *Diccionario de la Lengua Española*, que recoge los vocablos de nuestro idioma, de definida y consagrada acepción, explica que *región* es: "Porción de territorio determinada por caracteres étnicos o circunstancias especiales de clima, producción, topografía, administración, gobierno, etc." Este concepto lo transcriben doctos terminologistas como Pedro de Novo, en su *Diccionario de voces usadas en Geografía Física* (Madrid, 1949), y Félix Coluccio, en su *Vocabulario Geográfico* (Tucumán, 1952).

Debe tenerse presente que hay, por lo menos, cinco importantes regiones territoriales de significación distinta: la del *paisaje*, la de la *naturaleza del suelo*, la del *clima*, la *política* y la *histórica*.

Contra lo que dicen algunos confusionistas de la lógica, todas las regiones son *geográficas*, pues son del interés específico de la Geografía. Indudablemente que la *región geográfica ideal* es aquella en que concurren en mayor número los elementos que interesan al geógrafo: geología, relieve, clima, flora, fauna, etc.

Lorenzo Dagnino Pastore, al referirse a las *comarcas*, manifiesta: "Cuanto más se acerque el geógrafo a ese cuadro natural, encontrará elementos que irán explicando el paisaje, que el profano hallará simplemente más o menos hermoso, pero que él irá concibiendo como resultante de factores enca-

denados en un complejo de múltiples variables" (1). Considera, este distinguido tratadista, que la función primordial del geógrafo es el estudio de la *región natural*, que es decir: Geografía pura" (2). Efectivamente, es esto; pero los discípulos de Estrabón necesitaban de los otros aditamentos, de los *no naturales*, pero que pueden caracterizar una región, nacional o política, industrial, etc. Es el estudio *integral*. La Geografía es *enciclopédica*: le interesa un país como expresión física, cultural, económica, militar y otros detalles que sería largo enumerar (3).

---

(1) Lorenzo Dagnino Pastore: "La ciencia geográfica", Buenos Aires, 1943; pág. 145.

(2) Ibídem, págs. 146 y 147.

(3) Tampoco escapa al dominio del geógrafo cabal la Geodesia, la Topografía y la Cartografía. Parecerá innecesaria esta aclaración, pero la hago porque he oído decir que nuestro Instituto Geográfico Militar no es *geográfico*. Esto dicen ciertas personas dadas, más que nada, a esa especie de *Geografía descriptiva*, que se enseña en los colegios y que, muchas veces, proviene de una erudición de poco vuelo. El Instituto Geográfico Militar realiza una de las tareas fundamentales para el conocimiento de la superficie terrestre, que tanto interesa al geógrafo: el levantamiento de la carta topográfica; se consagra a la Geografía Matemática, esa que da los mapas, para que el profesor pueda enseñar convenientemente y, también, conocer *cómodamente* el territorio que le interesa. El Instituto Geográfico Militar *hace* Geografía. Los que dicen que no es más que *Topográfico*, tratando de quitarle expresión geo-

Leonardo Martín Echeverría especifica muy bien al decir que: "En la región natural intervienen como principales factores el relieve, el clima y la hidrografía, subordinándose a éstos la vegetación y la fauna, y compendiándose todos en el desarrollo de la vida humana" (4).

Al tratar de regiones naturales hay que tener presente que la determinación definitiva de las mismas debe estar garantizada por un perfecto conocimiento de cada una de ellas y que es difícil hallar el límite o contornos precisos de las mismas, por cuanto sus respectivas características intrínsecas se van diluyendo insensiblemente en las proximidades de las que les son aledañas; es decir, que, entre comarca y comarca hay una amplia zona de influencia o de captación recíproca, de carácter ambiguo; por este motivo, la suma de los elementos distintivos de una región natural se hallan, generalmente, en su parte central.

Siguiendo un razonamiento convencional, podemos considerar una región determinada compuesta de otras regiones y llamar a éstas *subregiones*, en relación con aquélla. Por ejemplo, la Mesopotamia Argentina, región integrada por otras: serranas, selváticas, anegadizas (esteros). No es necesario que la región tenga una área considerable para considerarla como tal, basta con que sea una unidad geográfica. Federico A. Daus entiende que las Malvinas (11.718 km<sup>2</sup>.- y las Orcadas del Sur (1.064 km<sup>2</sup>.) "no pueden ser consideradas regiones geográficas,

gráfica, no hacen más que demostrar su ignorancia, pues, justamente, la Topografía es el conocimiento del modelado exterior de la Tierra. Su labor no es toda la Geografía, pero es una parte de ella, una de las más complejas y costosas (no es tan simple y barata como la "descriptiva"). La Geografía, como todas las ciencias, es un conjunto de especialidades. El Instituto Geográfico Militar es importantísimo centro de actividades geográficas, contando, también, con una valiosísima mapoteca, que es una de las más completas del mundo, y una inapreciable colección bibliográfica; estos dos repositorios forman la División Biblioteca, la que, además de proporcionar información geográfica, mantiene relaciones culturales con todo el orbe.

(4) Leonardo Martín Echeverría: "Geografía de España", Barcelona, 1928; tomo I, página 146.

pues les falta extensión para ello" (5). ¿Qué dirán de esto los dinamarqueses, holandeses, belgas y suizos, cuyas patrias, a pesar de ser diminutas, se dividen en regiones naturales? Los europeos están habituados a extensiones comarcales menores que las que acostumbran los americanos; por eso es que el ya mencionado geógrafo español, Echeverría, uno de los más ilustres en su materia, al ocuparse de las "pequeñas unidades geográficas, dentro de la gran unidad ibérica", ha dicho: "Estas regiones son muy bien conocidas por las gentes del país, que aprecian sus peculiares condiciones y saben establecer las diferencias que existen entre ellas, designando a cada una con un nombre de origen popular *alta y claramente significativo*. La Mancha, La Rioja, La Campiña, Tierra de Barros, La Serena, Tierra de Campos, Los Monegros, El Panadés y tantas otras son ejemplos típicos de estas pequeñas unidades geográficas, tan distintas por su realidad a las divisiones bastante arbitrarias que la administración ha hecho del suelo, sin tomarse el trabajo de consultar la Naturaleza, única suprema fuente geográfica auténtica y segura" (6).

Entre las regiones geográficas más interesantes está la *cuenca fluvial*, por condicionarse con ella territorios que, en muchos casos, llegan a ser dilatadísimos, como los del sistema del Amazonas y del Plata.

La Fitogeografía es un valiosísimo auxiliar para el conocimiento de las regiones naturales, toda vez que la vegetación contribuye a dar la pauta de la naturaleza del suelo en que se encuentra.

En la *toponimia* hay que saber distinguir la especie de sus designaciones. La terminología propia para las *regiones físicas* es la de continente, península, isla, bahía, llanura, mesopotamia, litoral, cordillera, cuenca, desierto, marisma, etc., pero no la de Patagonia, Tierra del Fuego, Cuyo, Brasil, Venezuela, etc., que son denominaciones peregrinas y del dominio de la *geografía histórica*, no de la *natural*.

(5) Federico A. Daus: "Geografía física de la Argentina", Buenos Aires, segunda edición; página 71.

(6) Echeverría: publicación y página citadas.



Entre los ejemplos que pueden presentarse para clarificar estos conceptos, está el de que España y Portugal son nominaciones de países (Geografía Política), en las que no se consideran sus aspectos naturales; pero *Península Ibérica* (Geografía Física) ya es una expresión que denota una definida *región natural*.

La tradición, debida al conocimiento arraigado y divulgado, ha hecho que a una zona de nuestro solar se le aplique su *denominativo natural*, no así a otras que también lo merecen, y esa zona es la llamada *Mesopotamia Argentina* (Entre Ríos, Corrientes y Misiones), cuando, en verdad, hay otras mesopotamias argentinas, verbigracia: Formosa, regiones entre los ríos San Javier y Paraná, el Colorado y el Negro. Fué Martín de Moussy quien dió el nombre de *Mesopotamia* a la porción argentina ubicada entre el Paraná y el Uruguay, pues comparó a esta comarca con la clásica Mesopotamia del Eufrates y el Tigris (7). Francisco Kühn considera Mesopotamia Argentina únicamente a Entre Ríos y Corrientes, desligándola de Misiones, por considerar a ésta, *unidad natural aparte* (8). Es inconsistente este criterio, por cuanto la designación "mesopotamia" se refiere a algo periférico y no interno, que es a lo que alude el geógrafo germano. En efecto, como se sabe, "mesopotamia" es vocablo de origen griego, que quiere decir: "entre ríos".

Quienes no han tenido la suficiente dilucidación sobre la terminología propia de los ámbitos geográficos han caído en el anarquismo conceptual y han confundido lo físico con otros aspectos. Ejemplo acabado de esto son la *Patagonia* y *Tierra del Fuego*.

No es acertado incluir a la Tierra del Fuego en la Patagonia, por creer que suponen una misma región física. Estas denominaciones poseen raíz *histórica* y no geográfica. Pertenecen a la *geografía histórica* y no a la *natural*. Estas denominaciones provienen, como se sabe, de la expedición de Magallanes, de 1520; son de origen fortuito y no

tienen relación alguna con el aspecto de los territorios que significan (9).

*Patagonia* es un *gentilicio*, designa a la nación o naciones de indios corpulentos que moraban desde el sur bonaerense, o sus vecindades, hasta el estrecho de Magallanes. Desde hace muchísimo tiempo, se le ha buscado el "límite norteño natural", considerándolo unos, como tal, al Colorado y, otros, al Negro. Esta excesiva extensión territorial, en la que entrarían holgadamente varios países europeos, no constituye, en sentido estricto, una *unidad geográfica*, sino un conjunto de varias regiones: el norte (considerando el Colorado) no es lo mismo que el sur (estrecho de Magallanes), ni el este (litoral) es como el oeste (cordillera de los Andes), y la zona central difiere, lógicamente, de todas éstas, aunque, por motivos de contacto, guarde algún parentesco con ellas.

Si bien es cierto que dentro del perímetro patagónico abundan las mesetas y terrazas, no por eso deja de haber diversidad de paisajes y también de clima, tal como corres-

(9) Los patagones recibieron este nombre, al parecer, por el aspecto de sus pies, dado que usaban grandes abarcas de pieles, dejando, al caminar, grandes huellas. Recientemente, en los Estados Unidos de América, María Rosa Lida, teniendo en cuenta que no se tiene noticia fidedigna del porqué Magallanes aplicó ese adjetivo a los indios en cuestión; que esa palabra no es, en castellano, un aumentativo usual de pata; y que Pigafetta (cronista magallánico) habla tan sólo de la gran corpulencia de los aludidos aborígenes, y habiendo encontrado, esta autora, que en las aventuras de los fabulosos Palmerines (libros fantásticos de caballería) figura un monstruo llamado Patagón, deduce que con este quimérico ser, que en la época de Magallanes se hallaba en boga, fueron comparados los indígenas de aquellas australes regiones, aplicándoseles, en consecuencia, dicha designación ("Hispanic Review", Univers. Pennsylvania, vol. XX, núm. 4; 1952 —Resumen en "Índice Cultural Español", Madrid, mayo 1953). La tesis es muy docta, pero tiene sus reparos porque el Patagón de la novela española tenía cabeza de perro y era un verdadero monstruo, bien que Lida hace, al respecto, un sutil razonamiento, diciendo que Pigafetta describió a los indios patagones como de semblante espantable. Este italiano consigna su impresión sobre esos naturales expresando que tenían el rostro pintado, pero que era bien proporcionados. Digamos, también, que el pintarse la cara era común entre los pue-

(7) Martín de Moussy: "Description géographique et statistique de la Confédération Argentine", París, 1860; tomo 1º, página 58.

(8) Francisco Kühn: "Geografía de la Argentina", Barcelona, 1947; páginas 51, 52, 71, 77 y 78.



ponde a una superficie como la suya, de unos 770.000 km<sup>2</sup>. (muy superior a la de Alemania o la de Francia). De aquí las dificultades de los que, tomando a esta zona *etnográfica* por *paisaje* o *naturaleza del suelo*, han buscado *precisar* el límite norte *natural* de la misma. Desde el punto de vista étnico, también hay dificultades, pues los límites de una nación están determinados por el dominio de sus habitantes sobre el solar en que ella se asienta. Las fronteras de los pueblos salvajes nunca se han podido fijar de manera terminante, salvo en el caso de estar constituidas por grandes accidentes geográficos, como el estrecho de Magallanes, que marcaba, a los patagones, su confín sur.

Tan fuerte es el contraste entre el oeste y el resto de la Patagonia, que los geógrafos han debido dividirla en *andina*, en la que predominan las montañas, los lagos y los bosques, y en *extraandina*, con abundancia de mesetas y terrazas. Lógicamente que, puestos a las diferenciaciones, también habría que distinguir la Patagonia del este, con sus características marinas, la Patagonia de los glaciares colosales (como el Upsala y el Viedma), que señorean en los Andes, al sur de los 46°, la Patagonia de los dilatadísimos

blos autóctonos americanos, que ya habían visitado los de la expedición magallánica. No obstante, no cabe la menor duda de que es muy sugestiva la homonimia entre aquel ente de la ficción ibérica y el aborigen de nuestro sur, por lo cual esa teoría de la investigadora argentina debe tenerse en cuenta como hipótesis de fundamento.

También se atribuyó americanismo puro a esta designación, habiéndose dicho que "la palabra "Patagonia" es corrupción de la quechua *pata cuna*, que significa: *pata*, cerros no altos; *cuna*, partícula del plural; es decir, muchos cerros no altos; etimología que expresa la naturaleza de la verdadera Patagonia, cerca del Estrecho, en donde hay muchos cerros bajos en comparación con los de la Cordillera Occidental" (Mariano Felipe Paz Soldán: "Diccionario geográfico estadístico nacional argentino", Buenos Aires, 1885). Pero esta idea ha sido desechada, por cuanto Magallanes —Pigafetta da testimonio de ello— llamó, con tal nombre, a dichos naturales, ocurriendo esto no precisamente en el estrecho sino en San Julián.

El nombre de Tierra del Fuego proviene del hecho de la mucha lumbre hecha por los naturales, y que fué vista por el mentado marino portugués, al servicio de España, y su gente en la gran isla argentino-chilena.

"bajos" (hondonadas de gran profundidad, con alturas inferiores al nivel del mar), como el de Valcheta, Gualicho y San Julián, y la Patagonia del remáte meridional, la que rasa por los 54° S. Asimismo, recordemos que a la Patagonia se la lleva hasta el Pacífico (Patagonia chilena).

Ramón Lista, el esforzado explorador de este inmenso territorio, consignó que éste "se divide comúnmente en tres partes o zonas llamadas: Septentrional, Central y Austral. La Patagonia Septentrional se extiende desde el río Negro hasta el Senguel (Senguerr) (10), donde principia la Patagonia Central, cuyo límite al sur es el río Deseado. La Patagonia Austral está comprendida entre este último río y el estrecho de Magallanes" (11).

Elina G. A. de Correa Morales manifestaba que "el rasgo geográfico más general y propio de Patagonia" al este de la cordillera andina, son "las mesetas escalonadas que se hacen cada vez más altas hacia el oeste y sobre ellas se desenvuelven las formas de relieve propias de toda llanura" (12), pero reconocía la gran diversidad de aspectos que había en la misma; así, por ejemplo, exponía que, en la Patagonia Septentrional, que situaba entre los ríos Negro y Chubut, había "una faja de tierras de topografía variada, que cruzan numerosos cortes y depresiones producidas por la erosión, hasta que aparece la serranía porfírica al este y basáltica al oeste, cuyo núcleo principal es la Sierra Nevada de Zeballos" (13); que, "al sur del paralelo 51 L. S. está formada por abundantes precipitaciones que dan vida a una abundante flora" (14); y que al sur del Gallegos el terreno es siempre ondulado, pero más bajo; el rasgo característico, es decir, las mesetas, han desaparecido" (15).

(10) Véase: "Nuevo diccionario geográfico histórico de la República Argentina", de Javier Marrazzo; Buenos Aires, 1921.

(11) Ramón Lista: "La Patagonia Austral", Buenos Aires, 1879, página 3.

(12) Elina G. A. de Correa Morales: "La República Argentina", en "Boletín del Instituto Geográfico Argentino", de Buenos Aires, correspondiente a enero y febrero de 1911.

(13) Ibídem, página 37.

(14) Ibídem, página 38.

(15) Ibídem, página 39.



Marcelino B. Martínez, escribió en su libro *La Patagonia Central* (Buenos Aires, 1913), dedicado al Chubut, que: "En las regiones centrales, por todas partes cadenas de serranías y cerros aislados alternan con las llanuras e interrumpen la horizontalidad de la altiplanicie. El viajero, que atraviesa las altas pampas tendrá siempre a la vista envueltas entre las brumas, azuladas serranías que se destacan sobre el horizonte; algunas a 20 o 30 leguas de distancia, le sirven de seguras señales para orientarse en el desierto" (pág. 17).

La Comisión de Estudios Hidrológicos del Ministerio de Obras Públicas de la Argentina (16) hizo constar, a este respecto, en la página 18 del tomo I en su publicación *El norte de la Patagonia* (Nueva York, 1914), que la "descripción general más correcta sería la de que es región de semiáridas planicies herbosas, pero aún esta definición no sirve para dar una idea de la gran diversidad de climas y de topografía".

Corroborando lo expuesto, podemos señalar otras dos grandes y definidas regiones naturales, en la Patagonia "extraandina": la grandiosa península Valdés, con ambiente marcadamente marino, con tierra que tiene mucho de bonaerense y, por consiguiente, de pampeana, de acuerdo a lo que nos dice el insigne conocedor de nuestras comarcas oceánicas, Pedro S. Casal, al expresar que "casi todo el territorio de esta península está cubierto por ese polvo gris pardo tirando a chocolate que se nota en muchas regiones de la provincia de Buenos Aires (limo o loess pampeano) y que los vientos acarrean de un lado a otro" (17).

(16) Esta Comisión fué creada para "investigar la existencia de agua de los territorios en que se construían las ferrovías". La integraban, principalmente, científicos y técnicos norteamericanos (geólogos, topógrafos y geógrafos especialistas en Economía), su director fué Bailey Willis, del U. S. Geological Survey. Entró en vigor en 1911. Véanse páginas VI y VII de la publicación indicada.

(17) Pedro S. Casal: "El litoral argentino y las islas", capítulo del tomo III de la "Geografía de la República Argentina", de la Sociedad de Estudios Geográficos GAEA; Buenos Aires, 1946 (pág. 251).

Los lagos Colhué Huapí y Musters, que dan características propias a una enorme extensión patagónica interior, pues se hallan próximos, el primero abarca 803 km<sup>2</sup>, y el segundo 434 km<sup>2</sup>. Asimismo, podríamos agregar, a éstos, los lagos Strobel y Cardiel.

Con las mesetas meridionales sucedió algo parecido a lo de las pampas, en cuanto a generalizaciones. En un tiempo se llegó a decir que nuestra nación se asentaba sobre llanuras, sobre "pampas", según lenguaje aborígen; lo que no era llano, se lo consideraba como una excepción, o como un detalle diferente dentro de la planicie, pero siempre relacionado con ésta. La cordillera de los Andes quedó como algo marginal. No importaba que al vocablo indígena no se le diera aplicación correcta, es decir, *llanura sin árboles*, pues, aun cuando fuera arbórea, igual se le daba tal denominación. Hasta la Patagonia fué considerada pampa, puesto que en ella se observa esta expresión física de tierra llana, por eso vemos en los mapas nombres como: "Pampa del Añelo", "Pampa del Castillo", "Pampa de los Guanacos" y "Pampa del Agua Amarga". Todo espacio llano, de amplitud apreciable, cualquiera fuera su nivel altimétrico o su situación, fué llamado "pampa", de acuerdo a la acepción autóctona (que es la que debe aceptarse). Así tenemos, en plena serranía cordobesa, los topónimos de "Pampa de Achala" y "Pampa de Olaen".

Mariano A. Pelliza publicó en 1887, en la ciudad porteña, una historia de nuestra patria, que tituló *El país de las pampas*, estampando, en la página 11, los siguientes conceptos: "Al ocuparnos de los primeros pasos de la colonización argentina, empezamos por el descubrimiento de este que, con propiedad, llamamos País de las Pampas, por ser sus extensas praderas lo que más fuertemente llama la atención, y lo que en definitiva ha venido a constituir su carácter nacional".

Jorge A. Boero dijo: "Una planicie inmensa, desprovista de árboles en grandes extensiones, en medio de la cual se levantan de pronto cadenas aisladas de poca altura (serranías de Buenos Aires y de la Pampa Central), semejantes a islas peñascosas en medio de las llanuras sin límite que las circundan, tal es el rasgo caracte-

ristico que ofrece el suelo argentino en la mayor parte de su área.

"Sin embargo, si bien es cierto que se recorren cientos de leguas de una horizontalidad uniforme, como la superficie de un tranquilo lago, esta llanura ofrece en diversas partes peculiaridades que han permitido dividirla en cinco regiones distintas, denominadas: *Mediterránea*, *Pampásica* o llanura propia; *Llanura Boreal*, *Región de la Mesopotamia* y *Altiplanicie Patagónica*" (18).

Carlos N. Andrés, al tratar de Córdoba, manifestó: "Ya hemos dicho que el territorio de la provincia es una parte de la llanura argentina, interrumpida de Este a Oeste por el macizo montañoso que forman las tres cadenas que constituyen el sistema orográfico de la provincia" (19). Esta excepción montañesa de la llanura cordobesa, que equivale a algo así como un sexto de esa provincia, significa unos treinta mil kilómetros cuadrados, suficientes para cubrir a un país como Bélgica.

No cabe duda que estamos hechos a los espacios infinitos, lo cual es halagüeño desde el punto de vista nacional ¡Conservémoslos siempre, con sentido de progreso y de humanismo!

El topónimo *Tierra dei Fuego* (cuya génesis se halla en las fogatas de los aborígenes), aparte de la diferencia original que tiene con la nominación de *Patagonia*, indica una comarca diferenciada de ésta en sus rasgos elementales, por cuanto constituye una tierra insular, no firme o continental. Esta isla viene a representar, en este orden de cosas, lo que Sicilia para la Península Itálica.

Teniendo en cuenta el origen de las cosas para clasificarlas convenientemente, tenemos que esas dos comarcas fueron bautizadas distintamente por sus descubridores y el sentido de aplicación dado por éstos a esas denominaciones fué respetado por la cartografía vetusta y por numerosos relatos. Se sabía que, en el estrecho en cuestión, al norte se

hallaba la Patagonia y, al sur, la Tierra del Fuego o "Tierra de los Fuegos".

El equívoco señalado viene de muy lejos, pues en la página 229 del tomo VII del *Diccionario geográfico universal*, editado en Barcelona, en 1832, por una titulada "Sociedad de Literatos", se lee: "*Patagonia* o *Tierra Magallánica*, vasta región de la América Meridional, de la cual ocupa la extremidad S. Extiéndese en una longitud de unas 282 leg. de N. a S., desde el nacimiento del río Negro o Cusu-Leuvu, hacia los 35°38' S., hasta el cabo Froward, bajo los 55°54', en donde la baña el estrecho de Magallanes, que la separa del archipiélago de la Tierra del Fuego, que según algunos autores depende de esta región".

No obstante el confusionismo prevaleciente son muchos y buenos los geógrafos que no confunden a la Patagonia con Tierra del Fuego o viceversa, que saben del significado genuino de esos nombres. Entre ellos tenemos al egregio explorador moderno de nuestro austro, el sacerdote salesiano Alberto M. De Agostini, quien nos dice, de la isla fueguina: "La posición que ocupa, en manera alguna puede justificar su nombre si no retrocedemos en la historia hasta Magallanes, su descubridor. Impresionado éste por las numerosas fogatas que en el interior de las florestas encendían los indios para combatir el frío, creyó natural llamarla "Tierra de los Fuegos o del Fuego", nombre que pasó sin alteración a la posteridad, y que le ha quedado, perpetuando así aquella primera y efímera impresión" (20).

En cuanto al clima de la Patagonia, su diversidad es fácilmente comprensible, tratándose de latitudes que oscilan, aproximadamente, entre los 36° S. (NO. del Neuquén) y los 54° S. (extremo de la península Brunswick), por las variaciones del relieve y por las influencias de los ventisqueros inmensos y del mar sobre sus zonas cercanas.

Marcelino B. Martínez, en su referida obra "*La Patagonia Central*", escrita con conocimiento directo y detenido de la región, al referirse a la cuestión atmosférica, expone

(18) Jorge A. Boero: "Geografía de América", escrita por 1919 y editada en Buenos Aires; páginas 73 y 74.

(19) Carlos N. Andrés: "Geografía de la provincia de Córdoba"; Córdoba, 1942, página 57.

(20) Alberto M. De Agostini, S. S.: "Mis Viajes a la Tierra del Fuego", Milán, 1929; página 9.



que: "Para caracterizarlo más aproximadamente puede dividirse (el Chubut) en tres zonas diferentes: la de la Cordillera, la central y la costa oceánica; en cada una de éstas, el temperamento ofrece sus peculiaridades" (pág. 44) ... "Es de suponer que las altiplanicies son en extremo frías, sobre todo en las noches de invierno; pero bajando de ellas a los cañadones o valles, se encuentran climas diferentes, más templados y hasta cálidos y ardientes, según sean aquéllos más o menos profundos, y según la estación en que se considere; lo cual significa que el clima es de una gran variabilidad. Los que viajan, que deben ascender altas mesetas y descender a hondonadas o quebradas profundas, pueden pasar en un día y en pocas horas, de los fríos invernales a los calores tropicales" (pág. 45).

Anselmo Windhausen consignó: "En cuanto a la aridez de la región patagónica, es bien sabido que los vientos del Pacífico depositan casi todo su alto porcentaje de humedad sobre la Cordillera de esta parte y que luego siguen soplando hacia el Este, atravesando la zona de las mesetas patagónicas como vientos más o menos secos. De esta manera, la mayor parte de la Patagonia extraandina recibe menos de 200 milímetros de lluvia. Pero, en esta zona larga hay enclaves, donde por las condiciones topográficas especiales, hay precipitaciones abundantes; así, por ejemplo, en la gran Meseta de Somuncurá (territorio de Río Negro), o en las altas mesetas situadas al Sur del curso medio del río Deseado, o en el alto cordón de la Sierra Nevada ("Patagónides"). Todas estas partes se elevan a más de 1000 metros de altura, y tienen por eso mayor abundancia de precipitaciones. Igualmente, las partes sobresalientes de la costa atlántica (Península Valdez, boca del río Deseado, etc.), que ya participan de un régimen marino, se distinguen por un promedio anual un poco más elevado" (21).

Alfredo C. Rampa nos brinda un gráfico de precipitaciones normales anuales de la

Argentina, por el que vemos, en los ámbitos patagónicos, importantes regiones de lluvias excesivas, de más de 1000 mm.; de lluvias escasas, entre 200 y 500 mm.; y lluvias insuficientes, de menos de 200 mm.; advirtiéndose que, para esta última zona (principalmente sur del Deseado), los datos son insuficientes (22).

Respecto al problema etnográfico (que es el específico del topónimo que estamos debatiendo), si bien, desde un principio, se aceptó que los indios "gigantescos" de Pigafetta se extendían hasta el dicho paso interoceánico, no sucedía lo mismo con su extensión por el norte, pues no se sabía, a ciencia cierta, hasta dónde llegaba ésta. Como ya lo hemos señalado, indígenas corpulentos se encontraban desde las regiones bonaerenses hasta aquellas de la comunicación marítima descubierta en 1520.

Tomás Pennant, en su obra *Acerca de los patagones*, publicada en Darlington (Inglaterra), en 1788, según relatos del geógrafo jesuita Tomás Falkner, refirió que: "el país, que se conoce con el nombre de *Patagonia*, se extiende desde el Río de la Plata, Lat. 35, hasta los *Estrechos de Magallanes*, Lat. 53" (23).

Los españoles fueron diferenciando a los patagones de otros naturales que pululaban en la que sería primera provincia argentina: los *pampas*. En las *Cartas Anuas* (1735-1743), el padre Pedro Lozano, de la Compañía de Jesús, expuso que: "La Nación de los Pampas, a quienes los primeros conquistadores de estas provincias llamaron Querandíes, fué la que dominó todo el distrito de la Ciudad de Buenos Aires, extendiéndose ampliamente su dominación hacia el Sur y hacia el Oeste" (24). Félix de Azara situaba a los pampas en las grandes llanuras, entre los treinta y seis

(22) Alfredo C. Rampa: "Geografía Americana y Argentina", Buenos Aires, 1954; página 321.

(23) Guillermo Furlong, S. J.: "Tomás Falkner y su *Acerca de los Patagones*"; Buenos Aires, 1954.

(24) Guillermo Furlong, S. J.: "Entre los Pampas de Buenos Aires", Buenos Aires, 1938; página 34.

(21) Anselmo Windhausen: "Geología Argentina", Buenos Aires, 1929 (tomo primero, página 389).

y treinta y nueve grados de latitud (25). Tanto los pampas como los patagones no ejercían un dominio "fijo", pues unas veces avanzaban y otras retrocedían, por diversas causas; la impresión general era que los patagones parecían concentrarse al "otro lado" de los ríos Colorado o Negro, los que parecía que tenían por frontera natural. Lo evidente era que el núcleo de éstos se hallaba al sur de estos ríos. El presbítero De Agostini ha referido que: "Los Patagones o Tehuelches habitaban las grandes llanuras limitadas al Norte por el río Negro y Limay, al Oeste por la Cordillera de los Andes, al Este por el Atlántico y, al Sur, por el Estrecho de Magallanes, y estaban divididos por el río Santa Cruz en dos grandes tribus: septentrionales y meridionales" (26).

Estudios contemporáneos han demostrado que, en esa dilatadísima área, habitaban varias agrupaciones étnicas, habiendo empezado ciertos tratadistas por considerarlas como lo ha hecho el padre De Agostini, en dos grandes agrupaciones principales: *patagones del norte y patagones del sur*, los que se extendían, según algunos, desde el Colorado hasta el Chubut, los primeros, y, desde este río hasta el confín continental austral, los segundos; entre éstos, se contaban los famosos tehuelches. La variedad y ramificaciones de estas tribus y su mezcla con elementos alóctonos ha tornado complicado el precisar la zona cuestionada y así es que los etnólogos no están todos de acuerdo sobre la determinación de ésta; a esto hay que agregar que de esos pueblos primitivos ya poco o nada queda, por lo que su estudio hay que hacerlo sobre indicios. Por eso es que Antonio Serrano nos dice, en la página 182 de su libro *Los aborígenes argentinos* (Buenos Aires, 1947): "Uno de los problemas más difíciles por su complejidad, dentro de la etnografía argentina, es la discriminación y sistematización de los diferentes núcleos de población abo-

rigen que ocuparon el territorio al sur del paralelo 34". Coincidente con esto, nuestro académico de la Geografía y de la Historia, el Padre Guillermo Furlong, S. J., ha escrito, en relación con los naturales bonaerenses, lo siguiente, que puede dar la pauta sobre los patagones, menos conocidos que ellos por los hispanos y criollos: "Sobre los indígenas que poblaban aquellas inmensas zonas del centro y sur de la Provincia de Buenos Aires existe ciertamente una información múltiple, pero a la vez tan discordante que desconcierta a los estudiosos. Nosotros no vamos a penetrar en ese tembladeral etnográfico, y nos contentaremos con sólo apuntar lo que sobre los indígenas bonaerenses nos han dejado los Misioneros Jesuitas que con ellos trataron y aun convivieron durante muchos años" (27).

Todo indica que los debatidos topónimos de Patagonia y Tierra del Fuego surgieron de la *simplicidad* y no de la *apreciación científica*, por lo cual errarán todos los que se aparten de este concepto al considerar las cuestiones aludidas.

Patagonia conservará su *naturaleza histórica*, algo que fué el gentilicio o designación de una determinada agrupación *ideal* de americanos autóctonos del sur, según antiguas acepciones. Hoy, dentro de lo geoétnico, se va diluyendo hasta extinguirse. Salvador Canals Frau expresa: "Con el mejor conocimiento etnológico que se va logrando de la Patagonia, las denominaciones generales van cayendo en desuso. Tal sucede con el término *Patagón*" (28).

En cuanto a los fueguinos, la situación es idéntica a la señalada respecto a los patagones. Miguel Haberlandt, refiriéndose a ellos, manifiesta: "Como verdadero pueblo natural, poseen un verdadero interés para la etnografía, siendo de esperar que su estudio conduzca a resultados más circunstanciados, antes de que sea demasiado tarde" (29).

(27) Página 34 de la obra citada en la nota 24.

(28) Salvador Canals Frau: "Las Poblaciones Indígenas de la Argentina", Buenos Aires, 1953; página 168.

(29) Miguel Haberlandt: "Etnografía", Barcelona, 1929; página 343.

(25) Félix de Azara: "Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata", N° 34 del capítulo X (obra del año 1806).

(26) Alberto M. De Agostini, S. S.: "Andes Patagónicos", Buenos Aires, 1941; páginas 283 y 284.



Los indígenas patagones y fueguinos son distintos, por más que se halle alguna afinidad racial entre ellos (similitudes étnicas puede decirse que las hay en todo el género humano, cuanto más entre pueblos vecinos).

Pennant, en su mencionada publicación, dice que se han visto patagones "del lado de Tierra del Fuego, hasta el cabo de Hornos. Son con frecuencia indios venidos de afuera, fugitivos desgraciados que han sido arrojados por sus enemigos. Buscaron allí morada para librarse de su furia" (30).

A la Patagonia le cuadra perfectamente la denominación de país, aunque con la dificultad de definir concretamente su extensión territorial. Como lo ha hecho constar Gustavo Fochler-Hauke: "No debemos dejar de considerar el hecho de que "países" son, o territorios delimitados políticamente, como por ejemplo, la República Argentina, o regiones llamadas con un nombre histórico, como por ejemplo el "país Vasco", "Cuyo", etcétera, es decir, espacios que se distinguen fundamentalmente del paisaje geográfico" (31).

El "límite septentrional natural" de la Patagonia no ha sido determinado en forma convincente, por los motivos que quedan sugeridos. Los más lo hacen llegar hasta el Negro o el Colorado. El geógrafo chileno Luis Risso Patrón decía que, desde el punto de vista fisiográfico, la Patagonia "se extendería hacia el sur del paralelo 40°" (32). Gastón Federico Tobal ha consignado, en cuanto a las mesetas y altiplanicies patagónicas, que: "Si no existe dificultad para delimitar a esta región por el Este, Oeste y Sur, (Atlántico, Andes patagónicos y Estrecho de Magallanes), no ocurre lo propio con el Norte. De ahí que se señalen como límites ya el río Colorado, ya el Negro y el Limay, y ello, porque la zona de transición entre la Pampa seca y la Patagonia, se encuentra en la zona limita-

da por esos ríos, hallándose así al Norte y Sur de esas fronteras elementos característicos de una y otra región. Quizá pudiera establecerse su límite Norte más acertado, tomando la línea que va desde Chos-Malal (Neuquén) hasta la desembocadura del río Chubut. Los dos puntos extremos están fijados con bastante exactitud, mas no sucede lo propio con los intermedios, pudiendo considerar el límite como de forma convexa" (33).

Ultimamente, Mario F. Grondona ha tratado de especificar ese linde de la Patagonia extraandina, buscando la franja donde concluyan o se diluyan sus características físicas, meteorológicas, biológicas, etc. Ha creído encontrar esa faja de transición por parajes meridionales de las provincias de Mendoza, La Pampa y Buenos Aires (34). Sintetiza así, este estudioso, su tesis: "Por consiguiente, al tratar de establecer el límite norte de la Patagonia como región geográfica, será necesario tomar como tal a todo el territorio donde tiene lugar la interrelación y convergencia de sus rasgos geológicos, morfológicos, climáticos y biogeográficos; es decir, que ese límite deberá ser ubicado dentro de la franja de transición donde se engranan los elementos del ambiente de la pampa occidental, con sus planicies aluvionales y sus acumulaciones arenosas recientes, y los elementos propios del ambiente patagónico, con sus mesetas y valles aterrizados, sus depresiones y sus sierras interiores. Hasta ese límite, que hacemos pasar por los ríos Diamante medio, Atuel, Salado-Curacó y Colorado inferior, se extiende para nosotros la Patagonia como región geográfica bien diferenciada, en sus aspectos físicos y humanos" (35).

Sorprende saber que haya quien intente conciliar, en esas latitudes, el aspecto, el clima, la biología, etc., de la Patagonia del

(30) Página 184 del libro mencionado en la nota 23.

(31) Gustavo Fochler-Hauke: "Corología Geográfica", Tucumán, 1953; pág. 3. Publicación del Instituto de Estudios Geográficos de la Universidad Nacional de Tucumán.

(32) Luis Risso Patrón: "Diccionario Geográfico de Chile", Santiago de Chile, 1924.

(33) Gastón Federico Tobal: "Lecciones de Geografía Argentina", Buenos Aires, 1949; página 42.

(34) Mario F. Grondona: "El límite Septentrional de la Patagonia" en "Revista Geográfica", tomo XIII, 1953, Río de Janeiro; páginas 65 a 75. Publicación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

(35) Ibídem, página 74.

océano y la del extremo sur, aquella que se **explaya** por el estrecho de Magallanes y que va más al sur que Punta Arenas. Si a esto agregamos que Grondona incluye, en la Patagonia, a Tierra del Fuego, nuestra perplejidad será mayor. Bien, en cierto modo, que este investigador encuentre hasta allí rasgos salientes del relieve de la Patagonia (36), pero que quiera aglutinar allí todos los demás factores naturales es inadmisible, por rebuscados que sean sus argumentos. Verdad es que, en general, hasta esa línea divisoria o diferencial, propuesta por Grondona, alcanza, normalmente, el aire tropical; pero, ese "límite" no indica otra cosa que el comienzo, hacia el austro, de una zona de clima templado, que afecta, principalmente, a las provincias de Neuquén y Río Negro y sus vecindades nortenas, y que, huelga decirlo, no significa toda la Patagonia, ni tampoco su compendio, ni su índice climático, pues en Santa Cruz ya nos encontramos con un frío intenso, que es predominante y que, de ninguna manera, puede compararse con la temperatura del sur mendocino, que ni remotamente da la pauta del frígido ambiente austral. Los vientos tampoco guardan la misma intensidad en el norte que en el sur. Por lo demás, ya hemos insinuado, en otro lugar de este artículo, la diversificación atmosférica de esta comarca. También podemos agregar que, en lo concerniente a temperatura y humedad, se hallarán importantes datos en el "Mapa Ecológico de la República Argentina" (atlas), de Juan Papadakis, editado, en 1951, por el Ministerio de Agricultura y Ganadería.

Grondona se ve precisado a reconocer que no hay identificación climatérica entre lo mendocino y lo patagónico, pero busca de justificarse recurriendo a la actividad humana modificada por los meteoros. Así es que nos dice: "En la región austral de Mendoza, las condiciones climáticas no son indudablemente de carácter netamente patagónico; en ello influye sin duda la mayor altitud de la cordillera de los Andes en el sur de Mendoza y norte de Neuquén. No obstante, la frecuencia de nevadas incide en la actividad humana y provoca una trashumanancia pastoril que es más marcada en los

valles orientales que atraviesan la cordillera" (37). Salta a la vista la inconsistencia de este discurrimiento, que se nos aparece como forzado, pues, tratándose de clima, interesa el *clima*, más que los accidentes que éste ocasione.

Habiendo desigualdades de la atmósfera, del relieve, de la constitución del suelo y de la altitud, no cuesta mucho trabajo comprender que hay variedad y no unidad biogeográfica; por ello es que advertimos disparidad en este asunto, cuando los autores tratan de *circunscribir* las manifestaciones biológicas "propias" de la Patagonia. En lo botánico, vemos que hay quienes dan la clasificación "patagónico-jujeña" y aún "patagónico-boliviana", lo que significa aceptar una continuidad vegetal, que no es privativa de la Patagonia. Otros consideran la fitogeografía patagónica desde el río Colorado, o el Negro, hacia el sur. El docto indagador Félix Coluccio, en un croquis cartográfico, nos muestra, en esta parte de nuestro país, regiones de *desierto andino*, de *monte*, de *estepa patagónica* y de *bosques subantárticos* (lado andino); dando por límite norte, a la estepa patagónica, una línea que une la desembocadura del Chubut y las nacientes del Neuquén (38). Grondona sigue, para sus proposiciones, las conclusiones de Joaquín Frenguelli relativas a la "entidad fitogeográfica patagónica extraandina", aun cuando deja establecido que: "El límite norte de la provincia fitogeográfica patagónica no resulta fácil de establecer, seguramente por insuficiencia de los estudios efectuados hasta el presente" (39).

Referente a lo zoogeográfico, el asunto es más difícil, por no decir imposible. El puma anda por la Patagonia y por casi todo el resto del país; el jaguar, se extendía desde el Chaco hasta el estrecho de Magallanes; el venado, habitante de nuestras llanuras, hoy circunscripto, principalmente, a tierras bonaerenses y patagónicas; el guanaco, que correteó por las pampas y que todavía lo

(36) Ibídem, página 69.

(37) Ibídem, páginas 70 y 71.

(38) Félix Coluccio, "Geografía" (tercer año); Buenos Aires, 1956; página 249.

(39) Grondona, trabajo cuestionado, página 71.



hace por las planicies patagónicas; el cóndor, ya se sabe, es típico de los Andes. Estos, y otros animales, son de la Patagonia y de fuera de la Patagonia; vale decir, que no podemos restringirlos a ésta. Habrá otros que, como el zorro magallánico (*canis griseus*), son de parajes determinados, pero no de toda la Patagonia. De más está hablar de las especies marinas, de tan amplios radios de acción. Por todo lo dicho, la fauna no sirve para fijar límites a esta inmensísima comarca. Federico A. Daus, en la página 377 de su "Geografía Física de la Argentina" (Buenos Aires, segunda edición), presenta un mapa zoogeográfico de nuestra patria, en el que lo "patagónico" se propaga hasta el paralelo 30°, en una zona que empieza a estrecharse por los 46° y termina en una punta (al parecer, NO. de Córdoba). Como se ve, no hay "ajuste" o coincidencia entre lo biogeográfico y la "determinada" región geográfica.

Las pretensiones "uniformadoras" de Grondona todavía llegan a más, pues quiere presentar, para la Patagonia, una "unidad" de actividad humana. Enuncia que: "Para que ese límite físico pueda ser aceptado también como límite geográfico de la región patagónica, deberemos analizar si ese ambiente físico de la Patagonia tiene una incidencia lo suficientemente marcada sobre la población, como para provocar en ella una semejante disposición espiritual, y análogas actividades económicas" (40). Manifiesta que, en la Patagonia, "predomina marcadamente como actividad humana la cría de ganado ovino en forma extensiva", restringiéndose "marcadamente la agricultura a los valles fluviales y a algunos otros centros de reducida extensión" (41). Prosigue diciendo que: "La otra actividad económica característica de la Patagonia es la minería". Seguidamente, agrega: "El predominio de la ganadería extensiva y de la minería, por sobre las actividades agrícolas e industriales, está revelando que el medio físico ejerce en la Patagonia una influencia preponderante sobre la actividad del hombre" (42). Fácil re-

sulta comprender que todos estos conceptos son artificiosos. Los medios de vida y los ambientes, en esa superficie inconmensurable, no se reducen a uno o dos, ni escapan a la *evolución*. Primeramente, este escritor no tiene en cuenta la pesca marítima, que es fundamental. Segundo, olvida que los que se dedican a la fruticultura constituyen importantes núcleos humanos, siempre en aumento y que han creado ya progresistas centros que superan a los mineros, salvo a los petrolíferos. Tercero, que el *progreso* y el aumento de la población traerán industrias y mayor comercio, que irán cambiando la fisonomía humana de esos "desiertos". Hace medio siglo no se conocía el petróleo sureño y hará cosa de setenta años que las estancias empezaron a "invadir" la Patagonia. Por otra parte, todos esos productos, que esgrime Grondona, se hallan, también, en otras partes de la Argentina, como el petróleo de Salta y el carbón de San Juan, por ejemplo.

Yo creo que lo mejor para esta cuestión de los ámbitos patagónicos es recurrir al *clasicismo*, a esa tradición de los últimos tiempos, aquella de nuestra infancia de escolares, en la que se nos enseñó que la Patagonia eran las "gobernaciones" de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz. En fin, respetar la tradición, hecha de conceptos aprobados insensiblemente, generalizados y popularizados; pues, por la investigación científica, *Patagonia* tendría muy poco significado o consistencia. Como ya lo dejamos indicado, los nombres de "Patagonia" y "Tierra del Fuego" tienen un origen fortuito y peregrino, desvinculados de lo geográfico y de todo razonamiento más o menos científico.

Al tratar de las regiones marinas, debe ponerse cuidado en la clasificación insular, en los aspectos *continental* y *oceánico*. Se consideran *islas continentales* las que dependen de un continente y se hallan sobre la plataforma de éste, es decir, que se asientan sobre la continuidad submarina del mismo. Son *islas oceánicas* las que se hallan desvinculadas de dicho "apoyo" continental (*zócalo*), las que están fuera del mar epicontinental. También se dice que son islas oceánicas las que se encuentran situadas "en un océano a grande distancia de todo con-

(40) *Ibidem*, página 72. Véase, también, página 67.

(41) *Ibidem*, página 72

(42) *Ibidem*, página 74.

tinente" (43). Federico A. Daus incluyó, entre las islas oceánicas, a la de los Estados y a las Malvinas, que son continentales (44); podrá alegar, este profesor, que las segundas están lejos del continente; pero, la primera, no. En rigor de verdad, las islas Malvinas, como la de los Estados, son continentales; pertenecen a la plataforma continental.

Por su parte, Joaquín Frenguelli afirma que la Argentina "no tiene islas oceánicas". Nos expresa que: "Prescindiendo de la parte que le corresponde en Tierra del Fuego, el complejo insular que fisiográficamente pertenece al territorio argentino queda, por lo tanto, totalmente vinculado a las costas y puede dividirse en dos grupos: islas deltaicas e islas costeras marinas (continentales)" (45). De este modo, este distinguido expositor parece olvidarse que, dentro de la territorialidad argentina, hay islas que no son deltaicas ni costeras marinas, que están "muy adentro" del océano, fuera de la plataforma continental, y que, por lo mismo, son oceánicas, tales como las Sandwich y Georgias del Sur. Es evidente que este catedrático tuvo presente solamente la imagen de la Argentina continental americana. Significa esto una omisión lamentable y más aún por tratarse de ínsulas que nos disputa, injustamente, Inglaterra. Sobre ellas alegamos, con justo derecho, nuestra soberanía.

Es frecuente ver, en mapas de nuestra República, la designación de "Mar Argentino", dada al que baña nuestro litoral sudamericano, sin aplicarla a otros piélagos que también son argentinos. Esta incongruencia geográfica, de la que todavía hay resabios, fué

originada en una errónea interpretación de jurisdicción marítima, pues tan argentino es aquel mar como el que rodea a nuestra Antártida o a nuestras islas oceánicas. Con tal desatino, que tiene apogeo desde la Segunda Tiranía, se brinda, inconscientemente, la oportunidad de que alguna nación extranjera nos discuta la argentinidad de mares nuestros, en los que no se especifica, como en aquél, que son argentinos. Aclaremos que algunas veces se ha tenido la precaución de escribir "Mar Epicontinental Argentino", pero muchas son las que no se hizo esto. No podemos culpar de estos dislates a los autores de tales mapas, pues debían hacerlos así para conseguir la aprobación oficial.

Por último, digamos que nuestro solar aún no se halla estudiado suficientemente. Los levantamientos topográficos son poco más de un tercio de su parte sudamericana (46); el resto se lo conoce por compilación de datos precarios. Quedan muchos cientos de miles de kilómetros cuadrados por conocer satisfactoriamente. La susodicha Comisión de Estudios Hidrológicos del Ministerio de Obras Públicas informaba, hace más de cuarenta años, que el Bajo del Gualicho "es una cuenca que se extiende de las cercanías de Choele Choel hacia San Antonio y es de unos 150 kilómetros (100 millas) de largo por unos 50 kilómetros (30 millas) de ancho. Sus límites geográficos se hallan mal definidos y no son bien conocidos por la falta de mediciones topográficas" (47). Pues bien, respecto a este bajo, seguimos como entonces: sin trabajos topográficos en esa región. En geología, mineralogía, edafología, meteorología, zoología y botánica, es insuficiente lo que sabemos de nuestro país. Cuando alcancemos a superar esta falta de conocimientos, recién podremos hablar de una clasificación real de nuestro territorio.

(43) Página 133 del referido "Diccionario de voces usadas en Geografía Física", de Pedro de Novo.

(44) Federico A. Daus, obra citada, página 183.

(45) Joaquín Frenguelli, "Las grandes unidades físicas del territorio argentino", capítulo del tercer volumen de la "Geografía de la República Argentina", de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos GAEA; Buenos Aires, 1946. Páginas 109 y 110.

(46) Debe tenerse presente que la Argentina se extiende por dos continentes: el americano y el antártico.

(47) Página 29 del tomo I de la nombrada publicación de esta Comisión.